

ESTADOS E ISLAMISTAS EN EL MUNDO ÁRABE, CON ESPECIAL REFERENCIA A ARABIA SAUDÍ

Madawi al-Rasheed

En el mundo árabe, las relaciones entre los Gobiernos y los islamistas son muy complejas. En toda la región, han sido más bien los intereses políticos de los regímenes los que han determinado dichas relaciones, más que las puras afinidades ideológicas. De hecho, todos los regímenes árabes han flirteado con los islamistas en alguna ocasión. Desde los años setenta los líderes árabes (tanto los reyes saudíes como los gobernantes militares) han hallado en el islamismo un antídoto contra ideologías amenazadoras, como el nacionalismo, el socialismo y el comunismo, con gran capacidad movilizadora de la población. Los islamistas supieron llegar a unas masas desposeídas y pías, inmersas en un movimiento por una nueva devoción y decencia que barrió el mundo árabe tras las derrotas de sus Gobiernos en la guerra de 1967 contra Israel. Ya fuera resultado de políticas identitarias, de la humillación tras la derrota o del deterioro de las condiciones socioeconómicas, esta nueva religiosidad se basó en el desarrollo de unas redes educativas, caritativas y de solidaridad social omnipresentes, que comenzaron a sustituir a las tambaleantes estructuras y servicios estatales en aquellos países que más sufrieron por culpa del conflicto árabe-israelí. Esta oleada de religiosidad floreció gracias a su desafiante retórica tanto contra los regímenes autoritarios derrotados como contra Occidente, logrando así reunir a élites y masas en un movimiento sociopolítico y religioso muy polifacético. Se adhirieron a árabes de todas las clases sociales y facciones religiosas, de países pobres y de ricas potencias petrolíferas. Tanto en el Magreb, como en el Mashreq y en la península arábiga, esta nueva religiosidad posee un poderoso brazo político, comprometido en cambiar el mundo mediante la acción política, confirmando así su raigambre en el contexto del mundo árabe.

La versión politizada de esta nueva religiosidad ha recibido múltiples denominaciones: «fundamentalismo», «islamismo» o «islam político» son las más usadas para etiquetar a estos movimientos, que se basan en el islam para intentar transformar la conciencia personal y el mundo. En la primera parte de este artículo me refiero a ellos como «islamistas» y analizo cómo los regímenes árabes han fluctuado entre el conflicto, la reconciliación, la competición y la adaptación en sus relaciones con los mismos. En la segunda parte planteo que, aunque existan ciertas afinidades históricas entre el régimen saudí y los islamistas, este primero —al igual que otros regímenes árabes— pone sus intereses de supervivencia por delante de la cercanía de sus respectivas agendas ideológicas y religiosas, a la hora de tratar a los islamistas presentes en su país. Este artículo se va a limitar a analizar a los islamistas suníes, si bien algunas de las conclusiones serían aplicables también a países donde el islamismo chií constituye una tendencia dominante, como por ejemplo Iraq y Bahrein (y, en menor medida, también el Líbano).

Independientemente de la diversidad de su retórica, actitudes y estrategias, los islamistas emergieron bajo la bandera de un regreso a una autenticidad imaginaria, del empoderamiento y de la salvación individual, comunitaria y de toda la *umma*

musulmana transnacional en general. Pero dentro de este amplio proyecto coexisten tantas variantes discursivas y estratégicas como facciones y grupos islamistas.

Regímenes de muy diverso pelaje, desde repúblicas hasta monarquías, han reaccionado al desafío planteado por esta nueva oleada, ya sea respaldando las aspiraciones de los grupos islamistas y apoyándolos tanto en términos materiales como simbólicos (p. ej., Arabia Saudí bajo el rey Faisal, en los años sesenta y posteriormente; o Egipto bajo Anuar el-Sadat, durante el mismo periodo), o bien reprimiéndolos (Gamal Abdel Nasser en los años sesenta, Hafez al-Asad y Saddam Husein en los ochenta). Al mismo tiempo, los regímenes han alentado las corrientes religiosas menos politizadas, como los salafistas quietistas o el movimiento Yamaat al-Tabligh, que rechazan la acción política pero cuyos discursos están plagados de dogmas sobre la obediencia a la autoridad, la pureza ritual, la desigualdad de género y la ortodoxia religiosa. La corriente salafista quietista¹ pareció en un principio, a ojos de los regímenes, un buen antídoto contra tendencias islamistas mucho más politizadas, como los Hermanos Musulmanes y Hizb ut-Tahrir,² muy extendidas en toda la región, desde Rabat hasta Riad.³

Pero los regímenes y los islamistas nunca se han jurado amor (ni odio) eterno. Su relación se va definiendo en función de su lucha por sobrevivir en una región especialmente turbulenta. Tanto unos como otros juegan al viejo juego de la política, mientras se esfuerzan por reforzar su autoridad y legitimidad con el fin último de aumentar su atractivo público. Las monarquías y repúblicas antidemocráticas, autoritarias y represivas están constantemente preocupadas por su legitimidad y aceptación entre las masas, para no tener que recurrir demasiado a menudo a la violencia directa para asegurar su sumisión, aunque ocasionalmente hagan alguna demostración de fuerza bruta para acallar el disenso. Aspiran a lograr lealtad y consentimiento voluntario para evitar ponerse en evidencia, tanto dentro como fuera de sus fronteras. Pero, en cualquier caso, los regímenes se esfuerzan denodadamente por eliminar a los adversarios y por debilitar la emergencia de potenciales liderazgos alternativos creíbles, independientemente de su inclinación ideológica. Por su lado, los islamistas se esfuerzan en entremezclarse con las masas y orientarlas, para desarrollar amplias redes horizontales y de base que sirvan como apoyo y fuerza de movilización.

Tras la progresiva eliminación de sus adversarios ideológicos, nacionalistas y comunistas, en los años sesenta, los islamistas parecen constituir ya la única oposición organizada a los regímenes árabes; si bien, en algunos casos, ambos actores han trabajado juntos y cooperado para eliminar a otros grupos rivales y de oposición. Este artículo constituye un intento de analizar la compleja relación entre el régimen saudí y sus islamistas, ofreciendo una interpretación matizada, en la medida en que dicha relación nunca es estática sino que se halla de hecho en un constante estado de fluctuación.

1 Roel Meijer (2009). *Global Salafism: Islam's New Religious Movement*. Nueva York: Columbia University Press; y Olivier Roy (2010). *Holy Ignorance: When Religion and Culture Part Ways*. Londres: Hurst & Co.

2 Reza Pankhurst (2016). *Hizb Ut-Tahrir: The Untold Story of the Liberation Party*. Londres: Hurst & Co.

3 Charles Tripp (2013). *The Power and the People: Paths of Resistance in the Middle East*. Cambridge: Cambridge University Press; y Sabrina Mervin y Nabil Mouline (eds.) (2017). *Islam Politiques: Courants, Doctrines et Ideologies*. Paris: CNRS.

Parte I: Regímenes árabes e islamistas

Los regímenes árabes han desplegado una gran variedad de estrategias ante los islamistas: tanto la cooperación, como la cooptación, el apaciguamiento o la represión, sucesivamente o en paralelo, contra un amplio espectro de grupos islamistas que, a su vez, también luchan y compiten entre ellos. Dichas estrategias a veces han empoderado, otras deslegitimado o incluso radicalizado a los islamistas, pero, en cualquier caso, hasta ahora nunca han logrado barrerlos del escenario político árabe.

En Argelia (años noventa), Gaza (2006) y Egipto (2013), los islamistas, tras lograr conquistar el poder por vía electoral, han acabado siendo derrocados o marginados. En Marruecos, en cambio, han logrado por primera vez formar Gobierno, tras las sublevaciones árabes de 2011. En otros países se les ha permitido participar en elecciones y han conseguido ganar una cantidad sustanciosa de escaños parlamentarios (en Jordania y en Kuwait). Pero incluso cuando han sido apartados por la fuerza o apenas tolerados, ningún régimen árabe ha sido nunca capaz de eliminarlos de la esfera pública. Y es que, para deshacerse de ellos, básicamente tendría que desarrollarse alguna alternativa política que mantuviera un discurso tanto de oposición como de reconstrucción y que pudiera llenar su vacío, cosa que de momento no existe.

El islamismo ha demostrado ser más resiliente de lo que se había pensado. Ha sobrevivido a condiciones altamente represivas, como las sufridas por ejemplo en Egipto, Siria, Túnez o Iraq, donde los líderes republicanos han aplicado contra ellos una dura persecución, deportaciones y exilio, en un intento de eliminar a todo un abanico de activistas y seguidores islamistas.

Hay tres principales factores que explican esta resiliencia del islamismo. El primero es que, a nivel interno, la represión tiene el paradójico efecto de reforzar la cohesión y resistencia grupal de las organizaciones islamistas. Esto es así porque la persecución potencia su retórica victimista y de ensalzamiento del martirio, glorificado en ciertos círculos islamistas como precio a pagar por la fe y la perseverancia. En segundo lugar, numerosos grupos islamistas han sido instrumentalizados por regímenes árabes externos, dentro del juego de rivalidades regionales. Así, por ejemplo, en los años sesenta Arabia Saudí apoyó y promovió a grupos islamistas en Egipto, como los Hermanos Musulmanes, para socavar el régimen de Nasser, cuando este amenazó sus intereses con su retórica antiamericana y antiimperialista. Este apoyo exterior resultó fundamental para la supervivencia del islamismo durante amplios periodos de brutal represión. Y, en tercer lugar, el islamismo incluye prácticas de predicación y recogimiento que permiten a sus seguidores desaparecer de la escena pública durante periodos de aguda represión, manteniendo no obstante una moral alta en comparación con otros grupos de oposición seculares. Su sólida base religiosa de fondo les dota de cierta autenticidad y carisma como «elegidos» de la que carecen otros movimientos sociales y políticos.

La represión puede prohibir o acosar a sus partidos políticos, campamentos de verano, obras de caridad y servicios a la comunidad, pero los islamistas siempre pueden retirarse a sus actividades de *da'wah* (predicación), desdibujando así las

fronteras entre activismo político y religioso. Por regla general, estos movimientos ofrecen a sus audiencias un sueño de empoderamiento moral, una utopía basada tanto en la autenticidad de las tradiciones del pasado como en la modernidad de un renacimiento futuro, los dos factores claves que explican su amplia propagación popular en todo el mundo árabe y musulmán. Esto es aplicable a un amplio espectro de islamistas, desde los Hermanos Musulmanes en el siglo XX hasta Al-Qaeda y el Estado Islámico en el XXI.

Como actores políticos, los islamistas han desarrollado una serie de estrategias que les permiten reaccionar a las siempre cambiantes relaciones con los regímenes de la región. Bajo presión, tienden a mutar, antes que desaparecer. Dichas mutaciones pueden derivar hacia una mayor integración en el sistema o, al contrario, hacia tendencias más violentas. Por ejemplo, en ciertos países tanto los Hermanos Musulmanes como la corriente salafista se han transformado en partidos políticos (Ennahda en Túnez y la Hermandad Musulmana y Salafi al-Nur en Egipto) que respetan los procesos democráticos, incluyendo las elecciones y los Gobiernos representativos. También en Kuwait, Yemen, Marruecos, Jordania y Bahrein, los Hermanos Musulmanes y partidos políticos y organizaciones salafistas han participado, junto con otros grupos, en los diversos procesos políticos.

Sin embargo, sus mutaciones también pueden derivar hacia las tendencias más violentas, tanto a escala nacional como global. El surgimiento de Al-Qaeda en los años ochenta y del Estado Islámico en 2014 nos muestra la cara más siniestra del islamismo cuando deriva hacia la violencia. Su represión en Libia, Egipto y Arabia Saudí en los noventa condujo a la aparición de grupos rebeldes violentos que desafiaron a sus respectivos regímenes, como Al-Takfir wa al-Hijra en Egipto y Yamaat al-Musalaha wa al-Muqatila en Libia, convirtiéndose rápidamente en graves amenazas.⁴ En Arabia Saudí proliferó el yihadismo cuando el régimen pasó de una política complaciente hacia el islamismo a un intento de eliminarlo. También los cambiantes contextos geopolíticos globales han influido en este movimiento, cuando actores internacionales como Estados Unidos han cooperado con actores regionales con aspiraciones hegemónicas, como Arabia Saudí, que a su vez han fomentado el islamismo en todo el mundo árabe para derrotar al comunismo, precipitando así una corriente yihadista violenta global durante la década de los ochenta.

En sus relaciones con el islamismo, los regímenes suelen llevar a menudo la voz cantante, por lo que pueden influir —hasta cierto punto— en sus reacciones, discursos y prácticas, así como en sus mutaciones en diversos grupos o sectas.

Parte 2: Relaciones entre el Estado saudí y los islamistas

En comparación con otros Estados árabes, incluyendo a los países del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG), el Estado saudí mantiene unas relaciones aún más complejas con los islamistas. Esto es así porque Arabia Saudí es el único régimen del mundo árabe y del Golfo fundado en el nacionalismo religioso

4 Jean-Pierre Filiu (2015). *From Deep State to Islamic State*. Londres: Hurst & Co.

wahhabí, considerado una versión temprana del islamismo.⁵ Esta ideología supuso una representación colectiva politizada e institucionalizada cuyo objetivo consistía en crear una comunidad ideal unificada. El Estado saudí convirtió el wahhabismo, un movimiento de renovación religiosa del siglo XVIII, en una ideología nacionalista teocrática, a modo de paraguas bajo el cual construir una nación homogénea a partir de una sociedad tan fragmentada, diversa y plural como era la saudí.

Como los demás países árabes y del Golfo no han basado su legitimidad ni la creación de sus instituciones estatales en una ideología nacionalista religiosa, siempre han gozado de una mayor flexibilidad en todo un abanico de temas urgentes relacionados con el proceso de desarrollo del Estado.⁶ Por eso, a diferencia de Arabia Saudí, los demás países del Golfo no han desarrollado relaciones con los islamistas orientadas por un nacionalismo religioso. Así, los jeques y emires gobernantes en el Golfo no necesitan la legitimidad del gran muftí, que preside el Consejo de Grandes Ulemas, que sin embargo sí necesita el Gobierno saudí. Aunque en todas las Constituciones de los países árabes aparezcan referencias al islam, solo en la de Arabia Saudí este constituye la base de su proyecto nacionalista religioso. Esto complica mucho las relaciones Estado-islamismo.

Debido a la importancia del papel histórico desarrollado por el nacionalismo religioso wahhabí saudí en el desarrollo del Estado y la nación, el régimen se ha visto siempre obligado a sobredimensionar sus credenciales islámicas, especialmente aquellas orientadas a mantener la homogeneidad nacional. La teología wahhabí ha aportado por un lado una retórica unitaria, con el pretexto de recuperar un islamismo puro, pero al mismo tiempo ha provocado nuevas divisiones insuperables entre la religiosidad oficial wahhabí, la tradición sufi de Hiyaz, la comunidad chií,⁷ la comunidad ismailí y otros grupos religiosos saudíes menos conocidos. Se supone que el wahhabismo pretende unificar Arabia Saudí, pero en realidad ha contribuido a su fragmentación religiosa y política en beneficio de la estabilidad del régimen, dificultando la cristalización de movimientos políticos nacionalistas que influyeran en las regiones, etnias, tribus y sectas saudíes.

En este contexto, los islamistas se erigieron en excepción, convirtiéndose en los únicos actores capaces de llegar a todas las capas sociales y de crear un sentido común de identidad y destino, tras el fracaso tanto del nacionalismo árabe como de los movimientos izquierdistas, en el mundo árabe en general y en Arabia Saudí en particular. Así que el régimen necesitaba a los islamistas tanto como los islamistas necesitaban al régimen; por lo que ambos tejieron numerosas redes de apoyo y beneficio mutuo. Pero esta cooperación no ha sido una característica constante ni mantenida en el tiempo; en la siguiente sección analizo los cambios y mutaciones en la relación entre el régimen y los islamistas.

5 Madawi Al-Rasheed (2010). *A History of Saudi Arabia*. Cambridge: Cambridge University Press; y Madawi Al-Rasheed (2007). *Contesting the Saudi State: Islamic Voices from a New Generation*. Cambridge: Cambridge University Press.

6 Madawi Al-Rasheed (2013) «Saudi Arabia: local and regional challenges», *Contemporary Arab Affairs*, vol. 6, n.º. 1, pp. 28-40.

7 Toby Matthiesen (2015). *The Other Saudis: Shiism, Dissent, and Sectarianism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Cooperación (1960-1990)

El régimen saudí halló en el islamismo una importante herramienta ideológica para proteger al régimen de las amenazas de las ideologías izquierdistas y nacionalistas, que florecieron en la región en los años sesenta. Debido a las estrechas conexiones entre la teología wahhabí y el islamismo, este último no fue percibido inicialmente como una amenaza. De hecho, el islamismo proliferó tan rápidamente en Arabia Saudí porque sus distinciones con respecto a la tradición dominante wahhabí eran bastante borrosas. El activismo islamista resultaba al principio prácticamente indistinguible del wahhabismo propagado por los canales oficiales. Tanto es así, que el islamismo cundió gracias al apoyo directo de las instituciones e instancias religiosas tradicionales oficiales. Por ejemplo, las trayectorias y perfiles ideológicos tanto de Juhaiman al-Otaibi como de Mohamed al-Qahtani, los dos militantes islamistas que lideraron la toma de la Gran Mezquita de la Meca en 1979, ilustran las íntimas relaciones entre el islam oficial saudí y el islamismo político.⁸ Los sublevados habían formado el grupo activista al-Yamaat al-Muhtasiba, inspirándose en las enseñanzas del muftí de Arabia Saudí, Abd al-Aziz ibn Baz, que antes del ataque a la mezquita había elogiado sus planteamientos.

La proximidad entre autoridades religiosas institucionales, intereses estatales y grupos islamistas es el resultado de tres décadas (de 1960 a 1990) de cooperación entre el régimen y el islamismo en las políticas nacionales e internacionales. A nivel interno, el islamismo fue considerado un antídoto contra los movimientos revolucionarios árabes; a nivel internacional, ayudó a Arabia Saudí a propagar la hegemonía panislámica en todo el mundo musulmán y entre las minorías musulmanas en Occidente. Y esta proximidad condujo a la cooperación a nivel internacional, hasta el punto de que el régimen usó al islamismo en su búsqueda de afinidades en el extranjero, así como en la política exterior saudí durante la Guerra Fría, por ejemplo en su promoción del yihadismo en Afganistán en los años ochenta, donde numerosos saudíes participaron como predicadores, combatientes o donantes.

Represión desde la Guerra del Golfo (1990)

Tras la invasión iraquí de Kuwait en agosto de 1990, la invitación del Gobierno saudí a las tropas extranjeras para defender el reino durante la Guerra del Golfo suscitó un posicionamiento crítico sin precedentes de los islamistas, implicándose en movilizaciones en varias regiones, lo que a su vez desencadenó la represión contra los mismos. Numerosos activistas, conocidos como movimiento *al-sahwa* ('el despertar'), fueron encarcelados, mientras otros lograron huir a ciudades occidentales, donde hallaron asilo. Otros se unieron a Osama Bin Laden en su exilio en Afganistán y Sudán. Pero el momento crítico se produjo tras el 11 de septiembre, a raíz de la fuerte implicación de saudíes en los ataques a Nueva York. Estados Unidos comenzó a presionar al régimen para frenar la influencia de

8 Thomas Hegghammer y Stefane Lacroix (2007). «Rejectionist Islamism in Saudi Arabia: The Story of Juhaiman al-Utaibi Revisited», *International Journal of Middle Eastern Studies*, vol. 39, n.º 1, pp. 103-122.

los predicadores, los activistas islamistas y muchos otros grupos que criticaban a Occidente emitían fetuas tanto contra musulmanes (calificándolos de *takfiris*) como contra no musulmanes y lanzaban llamamientos de yihad global contra el enemigo extranjero (es decir, contra Estados Unidos y los Gobiernos occidentales que apoyaban a los dictadores árabes). Se trataba de los mismos islamistas que priorizaban entre sus objetivos a los enemigos cercanos, es decir, a los regímenes locales, incluyendo al propio régimen saudí.

Tras la guerra estadounidense de 2001 en Afganistán y la dispersión de los seguidores del Al-Qaeda de Bin Laden, Arabia Saudí vivió sus peores episodios de terrorismo durante el periodo 2003-2008. Esto condujo a una dura represión so pretexto de colaborar en la Guerra contra el Terror declarada por el presidente estadounidense George W. Bush, en la que formaba parte de hecho el régimen saudí. La brutal represión acabó provocando una fragmentación del escenario islamista saudí y un refuerzo de su ala más extremista. Desde entonces, el régimen permanece alerta, pues la oleada de terrorismo del Estado Islámico ha comenzado también a afectar al país a partir de 2015.⁹

Las insurrecciones árabes en 2011

La era pos Primavera Árabe ha resultado clave en las relaciones entre el Estado y los islamistas.¹⁰ Las políticas centradas en la represión, con detenciones puntuales o encarcelamientos prolongados, ejecuciones y criminalización bajo la legislación antiterrorista, han acabado convirtiéndose en una estrategia consolidada del régimen. Aparte de la represión directa, el régimen ha mostrado además menos tolerancia hacia todo el movimiento islamista en general, y en especial contra los Sahwis (hermandades salafistas), por criticar enérgicamente las políticas saudíes en Egipto tras la llegada al poder de los Hermanos Musulmanes. Las contribuciones diplomáticas y financieras saudíes al derrocamiento del presidente electo egipcio Mohamed Morsi de los Hermanos Musulmanes, y su apoyo al general Abdelfatah al-Sisi fueron duramente criticadas mediante un escrito de protesta y en las redes sociales durante el gobierno del rey Abdallah. Muchos islamistas saudíes acudieron a las redes sociales y a *hashtags* como «al-malik la yomathilani»,¹¹ para difundir las críticas a la estrategia general contrarrevolucionaria saudí en Egipto y Túnez, los dos países donde los islamistas accedieron al poder tras las elecciones.

La incapacidad de Arabia Saudí para contener a Irán, especialmente durante los últimos años del reinado de Abdallah, proyectó una imagen de país débil, impotente ante el desafío iraní y dejado de lado por Estados Unidos tras el acuerdo nuclear de la Administración Obama, llevado a cabo a espaldas de los saudíes. Así que los líderes wahhabíes recurrieron al sectarismo no solo como táctica contrarrevolucionaria en Bahréin y en sus provincias del Este, donde se produjo un alzamiento chií, sino también para contener la expansión iraní. El régimen se dedicó

9 William McCants (2015). *The ISIS Apocalypse: The History, Strategy, and Doomsday Vision of the Islamic State*. Nueva York: St Martin's Press.

10 Marc Lynch (2012). *The Arab Uprising: The Unfinished Revolutions of the New Middle East*. Nueva York: Public Affairs.

11 «El Rey no me representa», المملكة لا يمثلني en su versión en árabe.

a la par a intentar apaciguar a los islamistas, muy críticos con la impotencia de su Gobierno contra el poder chií, que estaba afianzándose rápidamente en capitales árabes como Beirut, Damasco, Bagdad y Saná. El sectarismo se convirtió pues en una táctica contrarrevolucionaria usada por el régimen saudí para demostrar su compromiso con la identidad suní y con la protección de los musulmanes de todo el mundo ante la amenaza iraní. El rey Salman, desde su entronización en 2015, ha intentado congraciarse con los islamistas, mediante su ofensiva en Yemen en el mes de marzo de ese mismo año contra los hutíes zaidíes, supuestamente apoyados por Irán. La estrategia del nuevo monarca de exhibir músculo —su guerra en Yemen fue bautizada Tormenta Decisiva— se dirigía a acallar el disenso en todo el espectro islamista, desde los salafistas más prorrégimen hasta los islamistas Sahwi.

Esta demostración de fuerza ha sido importante, especialmente cinco años después del fracaso de Riad en Siria, que muchos islamistas saudíes interpretaron desde el prisma de las políticas sectarias: consideraron el alzamiento en Siria como una revuelta suní contra el régimen infiel alauí de Bashar al-Asad y de sus padrinos iraníes. Aunque la población suní es mayoritaria en dicho país, los islamistas saudíes no podían olvidar las penas pasadas por sus correligionarios en Iraq cuando este se convirtió en un «Estado controlado por el chiismo» tras la invasión estadounidense de 2003. Los islamistas saudíes responsabilizaron en parte a su régimen por las penurias sufridas por los suníes iraquíes, esperando que se redimiera apoyando a los rebeldes sirios, cosa que este efectivamente ha hecho, pero de momento sin grandes expectativas de un éxito claro y limpio.

El surgimiento del Estado Islámico (EI) en Siria e Iraq está complicando aún más las relaciones entre el régimen saudí y los islamistas. En el verano de 2014, cuando el líder del EI Abu Bakr al-Baghdadi declaró en Mosul la instauración del califato, Arabia Saudí no tuvo más remedio que unirse a la coalición internacional liderada por Estados Unidos contra el mismo, participando en un bombardeo simbólico de objetivos del EI, pero evitando cuidadosamente que estas actuaciones trascendieran demasiado en la escena pública saudí. El segundo príncipe heredero y ministro de Defensa Mohamed ibn Salman es quien está al mando de la campaña contra los hutíes en Yemen, mientras el príncipe heredero Mohamed ibn Naif parece dormido en los laureles de su victoria en el pasado sobre Al-Qaeda en la península arábiga. Pero la derrota del EI sigue siendo una cuestión incómoda que enseguida se elude difuminándola en la retórica de la guerra genérica contra el terrorismo. Los saudíes aún no han logrado un éxito claro en ninguna de sus campañas, ni en Yemen ni contra el EI. Mohamed ibn Naif, que ha sabido rentabilizar en términos de reputación su temprano éxito contra Al-Qaeda en 2003-2008, aún parece lejos de lograr nada parecido contra el EI, tanto en Arabia Saudí como a escala regional, por ejemplo, en Yemen, Siria e Iraq.

A pesar del anuncio de Arabia Saudí de su participación en la coalición internacional contra el EI, pocos saudíes son conocedores de los ataques aéreos de su ejército, que en cualquier caso terminaron casi según comenzaron. Los saudíes acogieron en cambio con mayor entusiasmo los ataques aéreos en Yemen, que recibieron una intensa cobertura tanto en los medios oficiales como en las redes

sociales. Poco después se han desencadenado los ataques terroristas del EI en suelo saudí —más de 15 atentados, hasta ahora—, pero esta nueva oleada de terrorismo no alcanza las cotas de la campaña de 2003-2008. Aunque las fuerzas de seguridad saudíes han sido objetivo de atentados en 2015, el terrorismo actual es más sectorial, dirigido principalmente contra los chiíes, no solo en Arabia Saudí sino en todo el Golfo (también en Kuwait, por ejemplo). Justo antes de los ataques aéreos en Yemen, en marzo de 2015, tras «esfuerzos intensos» de los servicios de inteligencia de Arabia Saudí Abdullah al-Khalidi, un diplomático saudí secuestrado en Yemen en 2012, fue liberado por Al-Qaeda. Parece ser que Arabia Saudí ha logrado establecer redes de contacto con Al-Qaeda en la península arábiga y Yemen que habrían conducido a liberar a su diplomático. En Yemen han comenzado a salir a la luz informes sobre cómo Al-Qaeda y el EI se han ido expandiendo más allá de áreas supuestamente «liberadas» por las fuerzas saudíes y de los EAU, en Adén y en el sur en general. Está claro que tanto el régimen de Riad como los terroristas consideran a los chiíes e Irán sus principales enemigos.

Y es que existe una clara afinidad ideológica entre el régimen y el EI, y previamente Al-Qaeda.¹² El régimen y estos grupos violentos comparten un enemigo común representado por Irán y por la milicia chií, desde Bagdad hasta Beirut. Pero, lo que es más importante, ambos parecen basarse en los dogmas religiosos wahhabíes para movilizar a sus seguidores. Esto complica los esfuerzos saudíes de luchar contra el EI, que goza incluso de cierta popularidad en la propia Arabia Saudí. Los saudíes constituyen de hecho la segunda nacionalidad de combatientes extranjeros en Siria, después de los tunecinos.

En diciembre de 2015, el régimen organizó una nueva coalición antiterrorista panislámica y apeló a varios países suníes para que se unieran a la misma. Pero, hasta ahora, los objetivos de esta coalición son vagos y con pocos progresos militares claros, mientras el régimen establece lazos de colaboración con países como Indonesia y Malasia. A excepción de unos espectaculares ejercicios militares llevados a cabo en marzo de 2016 en suelo saudí y bautizados como Trueno del Norte, en los que participaron varios países musulmanes, no hay muchas señales de que dichas actuaciones militares conjuntas pretendan realmente luchar contra el EI ni potenciar las capacidades militares saudíes. Arabia Saudí parece estar buscando el apoyo islámico internacional más bien para preservar el autoritarismo en el mundo musulmán y sofocar la oposición a su hegemonía tanto a nivel nacional como global, más que para eliminar al EI. Las relaciones saudíes con el EI nos recuerdan simplemente el patrón general de relaciones entre el régimen y los islamistas, que oscilan entre la cooptación, la complacencia, el apaciguamiento y la represión.

El surgimiento del EI ha absorbido definitivamente la efervescencia yihadista de los islamistas saudíes en un momento crítico para la región. Se parece bastante a lo que hizo Al-Qaeda en los años noventa, cuando la represión interna se volvió insoportable para los islamistas saudíes, que tenían que vivir con varias

12 Madawi Al-Rasheed (2014). «The Shared History between Saudi Arabia and ISIS», <<http://www.hurstpublishers.com/the-shared-history-of-saudi-arabia-and-isis/>> [consultado el 13 de noviembre de 2017]; y Madawi Al-Rasheed (2015). *Muted Modernists: The Struggle over Divine Politics in Saudi Arabia*. Londres: Hurst & Co.

contradicciones. En concreto, los islamistas aún tienen que resolver la contradicción entre desarrollar la yihad en casa o en el extranjero. Por ejemplo, un yihadista que se enfrenta a la pena capital por desarrollar sus actividades dentro de Arabia Saudí puede sin embargo ser tolerado por el Gobierno, cuando no alentado en ciertas ocasiones, si las desarrolla en el extranjero. Basta recordar el yihadismo en Afganistán y cómo el régimen saudí animó a su juventud a unirse al mismo.

Conclusión

Como los demás regímenes árabes, Arabia Saudí sigue los mismos patrones repetitivos ya típicos de las relaciones entre el Estado y los islamistas. En épocas de represión, suelen constatar una serie de correlaciones:

1. Los islamistas potencian su alcance internacional, buscando solidaridad entre los musulmanes del extranjero.
2. Los islamistas tienden a fragmentarse en movimientos radicales disidentes que priorizan la lucha militar sobre la predicación, la estrategia electoral y las obras de caridad. Pero también pueden mutar y desarrollar justificaciones religiosas y políticas para participar en regímenes que no respetan o aceptan especialmente.
3. En otras ocasiones, los islamistas promueven la *hijra* ('migración') interna o externa, bien a otros territorios musulmanes (Estados, emiratos, califatos) bien a países no musulmanes, como por ejemplo a Occidente.
4. A veces, los islamistas se refugian en una «migración interna» metafórica, que consiste en vivir en sus propios países como *ghuraba*, como extraños, psicológicamente aislados de su propia sociedad.

Las otras estrategias desplegadas con respecto a los islamistas (por ejemplo, el apaciguamiento o la cooptación) suelen suponer que estos pasen a formar parte del proceso político normalizado de su país, donde intentan ocupar espacios aceptables y provechosos en parlamentos, Gobierno y en la esfera pública en general. En países donde no existen elecciones ni ningún rudimento de representación política, el apaciguamiento de los movimientos islamistas pasa por cederles el control y monopolio de ciertas esferas públicas, como por ejemplo el sistema educativo o judicial; o incluso hay regímenes que les conceden determinados espacios especiales como canales mediáticos, espacios de predicación y actividades *dawa* ('misiones'), tanto nacionales como en el extranjero.

Aunque, siete años después de las sublevaciones árabes, los islamistas parecen estar perdiendo atractivo, siguen constituyendo una importante tendencia intelectual, moral, religiosa y política, con facciones que suponen graves amenazas de seguridad y otras que coexisten con fuerzas políticas seculares.

Esta situación va a seguir así hasta que no se produzca un cambio de paradigma, un discurso político alternativo que permita a la juventud soñar con un futuro diferente. Desgraciadamente, el enfoque neoliberal en la promoción individual, la ini-

ciativa personal, la cultura emprendedora y el consumismo compulsivo no va a resolver la vieja lucha del pueblo por hallar una buena posición intermedia entre individualismo y colectivismo. Los islamistas han sabido combinar exitosamente en su retórica los dos aspectos problemáticos de la vida humana, es decir, la dualidad entre individuo y comunidad. La lucha de los islamistas por formar parte del poder, ya sea por medios pacíficos o coercitivos, proseguirá en el mundo árabe —ya sea en Arabia Saudí o en otros países— mientras existan causas por las que se crea que merece la pena morir.

Es posible lograr la reconciliación entre los regímenes árabes y los islamistas, no solo en Arabia Saudí sino también en toda la región, allí donde se den desavenencias graves, como por ejemplo en Egipto desde 2013. Sin embargo, dicha reconciliación es insostenible a largo plazo, pues dos sistemas totalitarios (los regímenes autoritarios y los islamistas) tienden a chocar, aunque ocasionalmente colaboren para reforzar el autoritarismo en sus aspectos políticos, sociales, morales, religiosos y de género. Y aunque a veces es incluso posible que dos sistemas totalitarios coexistan y colaboren, esto suele ocurrir a expensas de las libertades políticas y de los derechos humanos y ciudadanos. El único futuro es un sistema árabe democrático abierto que permita a los islamistas y a otros actores competir y cooperar, permitiendo que sea la sociedad la que escoja aquellas opciones que sirvan mejor a sus intereses. Tanto las estrategias de represión como las de cooperación resultan pues contraproducentes en un contexto autoritario como el dominante en Arabia Saudí y en otras partes.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Madawi Al-Rasheed es profesora invitada en el Middle East Centre de la London School of Economics. Previamente fue profesora de Antropología Social en el King's College de Londres y profesora investigadora invitada en el Middle East Institute, de la Universidad Nacional de Singapur. Su investigación se centra en la historia, la sociedad, la religión y la política de Arabia Saudí y el Golfo, en las minorías cristianas originarias de Oriente Medio en Gran Bretaña, en la migración árabe, en los movimientos islamistas, en las relaciones entre Estado y género, y en el modernismo islámico. Entre sus publicaciones destacan *Politics in an Arabian Oasis* (I.B. Tauris, 1991), *Dying for Faith: Religiously Motivated Violence in the Contemporary World* (I.B. Tauris, 2009), *Demystifying the Caliphate* (Hurst, 2012), *A Masculine State, Gender, Politics and Religion in Saudi Arabia* (CUP, 2013) y *Muted Modernists: The Struggle over Divine Politics in Saudi Arabia* (Hurst, 2015).

TRADUCCIÓN

AEIOU — Traductores (Inglés).

RESUMEN

Las relaciones entre los regímenes árabes y los islamistas siempre han sido complejas. Son los intereses políticos, más que las afinidades ideológicas, los que subyacen bajo dichas relaciones. En la primera parte de este artículo analizo cómo los regí-

menes árabes han fluctuado entre el conflicto, la reconciliación, la competición y la adaptación en sus relaciones con los islamistas. En la segunda parte planteo que, aunque existan ciertas afinidades históricas entre el régimen saudí y los islamistas, este primero —al igual que otros regímenes árabes— pone sus intereses de supervivencia por delante de la cercanía de sus respectivas agendas ideológicas y religiosas, a la hora de tratar a los islamistas presentes en su país.

PALABRAS CLAVE

Mundo árabe, Arabia Saudí, islamistas, ciencias políticas, antropología del mundo árabe, estudios religiosos.

ABSTRACT

The relationship between Arab regimes and Islamists has always been complex. Political interests rather than pure ideological affinity underpin this relationship. In part I of this paper I use the label Islamists to discuss how Arab regimes fluctuated between conflict, reconciliation, competition, and accommodation in their relations with Islamists. In part II, I show that while there are certain historical affinities between the Saudi regime and Islamists, the Saudis resembled other Arab regimes as they pursued their survival interests at the expense of the close ideological or religious agendas when they dealt with Islamists on their soil.

KEYWORDS

Arab world, islamists, Saudi Arabia, Political Science, Anthropology of the Arab world, Religious Studies.

الملخص

تميزت العلاقات بين الأنظمة العربية والإسلاميين دائماً بالتعقيد، و تكمن خلفها المصالح السياسية أكثر من الإنتماءات الإيديولوجية. سأنتظر في الجزء الأول من هذا المقال للكيفية التي تقلبت فيها الأنظمة العربية في علاقاتها بالإسلاميين ما بين الصراع، و المصالحة، و المنافسة و التأقلم. أما في الجزء الثاني منه، فسأتناول كيف أن النظام السعودي - مثله مثل أنظمة عربية أخرى -، و رغم الإرتباطات التاريخية التي تجمعها بالإسلاميين، يولي الأولوية لمصالحه في البقاء في علاقته مع الإسلاميين فوق أرضه على حساب قربه منهم في الأجندة الإيديولوجية و الدينية.

الكلمات المفتاحية

العالم العربي، العربية السعودية، الإسلاميون، العلوم السياسية، أنتروبولوجيا العالم العربي، الدراسات الدينية.